

era cierto, y Ben-Ammar sólo presumía de rey por su carácter vanidoso; pero Mutamid no podía ver por sí mismo lo que pasaba, no faltaron entrometidos que acusaran al ministro e intrigaran contra él, entre ellos, el visir Abu-Bakr Ben Zaidún, hijo del poeta cordobés del mismo nombre, y por si esto fuera poco, el gobernador de Murcia se negó a cumplir la orden de su rey referente a la libertad de Ben Táhir; éste se escapó de la prisión ayudado por Abd-al-Aziz, de Valencia, y entonces Ben-Ammar compuso un poema en que excitaba a los valencianos a la rebelión contra Abd-al-Aziz. Irritado Mutamid al conocer la tal composición, pues era amigo del rey valenciano, y pareciéndole que esto ya le demostraba la traición de su amigo, parodió sus versos, aplicándolos contra el propio Ben-Ammar. Este, a su vez, devolvió la pelota poética, dirigiendo una violentísima sátira, en verso, contra Mutamid, su mujer y todos los Abbadíes. Esta guerra de versos tuvo por consecuencia la pérdida definitiva de Ben-Ammar, quien intentó por todos los medios huir de su rey; no lo logró, y al fin fué hecho prisionero; por las intrigas de Ben-Zaidún no obtuvo el perdón de su soberano, y al fin murió en la cárcel, de mano del propio Mutamid, quien había de llorar por mucho tiempo el horror de haber tenido que dar muerte a su mejor amigo.

La segunda persona que influyó en la vida del rey de Sevilla fué su esposa. Era esclava de un tal Romaiq, y se llamaba, según la costumbre, Romaiquí (propiedad de Romaiq). Mutamid se prendó de ella por su agudeza, gracia y jovialidad, al conocerla cuando ella estaba lavando en el río, y completó un verso del monarca, que no pudo terminar el propio Ben-Ammar. Al hacerla su esposa la cambió de nombre, poniéndole Itimad, derivado del suyo de Mutamid. Fué tal la influencia de Itimad que los alfa-

quíes la culpaban de la conducta del soberano, que calificaban de ligera y hasta le hacían responsable de la indiferencia religiosa general. Al parecer, Itimad no era tan culpable; sólo era alegre e inconsecuente, y como su marido sólo veía por su ojos, satisfacía todos sus caprichos. Se cuenta que tuvo dos bastante costos: quiso ver nieve, y como en Andalucía nieva muy rara vez, Mutamid mandó plantar almendros en la sierra de Córdoba, para que en la primavera la viese toda blanca. Otra vez, viendo a unas mujeres pobres hacer adobes, se le antojó pisar barro, y para que lo pudiese hacer, el rey mandó mezclar azúcar, canela y perfumes en un patio de palacio. Estos dos «caprichos» de Itimad están contados en *El Conde Lucanor*.

Encontrábase Mutamid con la presión constante de los cristianos, que cada año conquistaban nuevos territorios, y al fin, dejando los encantos que para él tenía, su corte literaria, compuesta de poetas como el intrigante Ben-Zaidún, el desvergonzado pedigüeño Al-Hosrí, Ben-al-Labbana, ejemplo de fidelidad y afecto; la esclava Abbadi y el notable Ben Hamdid, se decidió a considerar la situación. No sin meditarlo mucho, y sospechando que sería su perdición, pidió auxilio a los almorávides, que al otro lado del Estrecho eran cada día más poderosos, y eso porque la posteridad no le acusara de culpable de la pérdida de Andalucía, ni de que ésta pasara a manos de infieles, según decía a uno de sus hijos, a pesar de la opinión de indiferente y descreído en que le tenían los alfaquíes. «Prefiero ser camellero en Africa —dijo— a porquero en Castilla.»

Esta decisión fué su ruina. Apoyados los almorávides por los alfaquíes, que consideraban irreligiosos a todos los reyes de taifas, se convirtieron de auxiliares en invasores y fueron, poco a poco, apoderándose de los pequeños reinos musulmanes. No tardó